

Gabriel Cid

*La Guerra contra la Confederación, Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*

Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 240 páginas. ISBN 978-456-914-141-2

El autor materializa en este libro lo que ha sido un trabajo de años. Se trata de una versión mejorada y actualizada de su tesis de magíster (PUC) y que pudimos conocer de forma parcelada a través de un par de artículos y capítulos de libros.

La temática y el enfoque resultan originales. Cid revisa cómo contribuyó la Guerra de Chile contra la Confederación en la construcción de la identidad chilena. Su propuesta es repensar la guerra desde la perspectiva de sus consecuencias socioculturales, vinculando tales legados con los procesos de conformación de la identidad nacional.

Además de poseer un muy buen trabajo de fuentes y prensa de la época, la obra demuestra un acabado conocimiento de la historiografía dedicada a los temas que aquí se tratan, relacionados con la construcción de la nación, la identidad, la memoria histórica, etc. Hay un sustento teórico que valida y enriquece los diversos aportes en torno a este tema, aplicándolos a la realidad chilena.

No obstante, el título general del libro, aunque seductor, resulta engañoso. Cid no estudia la guerra, sino, como insinúa el subtítulo, la trayectoria del legado de esta lucha en la construcción del imaginario chileno: “sus consecuencias, debates y polémicas, así como sus oscilaciones, ajustes, olvidos y reestructuraciones mnemónicas” (22).

Desde esta perspectiva, el autor se dedica a revisar lo que denomina como “segunda vida” de la guerra (desde 1836 a 1888), la recreada por diversos productores culturales, divulgadores y por la misma cultura popular y que, a su juicio, posee más información sobre el impacto de los conflictos bélicos en la conformación de los imaginarios nacionales.

A través de un trabajo riguroso de fuentes, el autor contradice algunas de las opiniones que se han vertido en torno a la vinculación de la victoria de Yungay con el surgimiento y consolidación del sentimiento de identidad nacional.

Sobre el contenido de la obra, Cid inicia su trabajo con un primer capítulo dedicado a la discusión historiográfica sobre la guerra; la definición de algunos conceptos clave en su trabajo, como nación, identidad e imaginario nacional y un breve análisis del fenómeno de la guerra en su variable sociocultural.

El segundo capítulo es aquel que se inserta mejor en el título del libro. Se estudia la guerra, en realidad, la polémica construcción de la legitimidad del conflicto desde una óptica política, militar y social. El autor acierta al describir el primer lustro de Prieto como un periodo bastante más convulsionado de lo que la historiografía conservadora ha tratado de presentar.

En este capítulo se intenta evidenciar la falta de consenso que existió respecto a la legitimidad del conflicto. Pese a que la bibliografía, manejo de prensa y testimonios de la época son excelentes a lo largo de todo el libro, no se incorporó el trabajo de Pedro Godoy (*Yo y Garrido*. Santiago: Imprenta de la Oposición, 1846), en el que el coronel cuenta cómo los liberales apoyaron de forma unánime su reincorporación al ejército para pelear en la guerra. Es quizás la excepción que confirma la regla de una revisión que cubrió prácticamente todo lo que se ha escrito sobre este enfrentamiento.

En este acápite, el autor insinúa lo que constituye, a nuestro juicio, uno de los aportes más interesantes de esta obra, la desmitificación de la figura del *roto* con la que se ha relacionado tradicionalmente al triunfo de Yungay.

El tercer capítulo analiza las primeras conmemoraciones relativas a la guerra en el periodo comprendido entre los años 1840 y 1865, organizadas principalmente por las élites vinculadas a los gobiernos conservadores y que tenían como objetivo fijar la memoria en torno a la guerra. Cid revisó la relevancia asignada a este conflicto en la toponimia, los manuales escolares y la pintura histórica, siendo solo la primera relevante en la conformación del imaginario de la guerra. También consideró dentro de este punto las fiestas cívicas, destacando las razones que llevaron al Gobierno a restringir las celebraciones al barrio de Yungay y las complejidades del proceso para celebrar la batalla. Asimismo, el autor destaca la sincronía entre el auge de la conmemoración del triunfo de Yungay y la duración del mandato del general Bulnes. Y la posterior decadencia debida a “fenómenos políticos, climáticos y laborales y hasta personales” (111) que hicieron que la conmemoración de la guerra entre 1865 y 1879 fuese olvidada.

En el cuarto capítulo se examina el altar como “espacio discursivo y simbólico” y su contribución en la difusión, complemento y exacerbación de los discursos y las instancias de socialización del sentimiento nacional (116). Cid destaca en este punto la legitimación de la guerra desde una perspectiva religiosa. Aquí el autor demuestra que la importancia relativa de las festividades en torno al aniversario de Yungay fue aminorándose con el paso del tiempo, hasta quedar restringido al barrio del mismo nombre.

El capítulo quinto está dedicado a revisar y reflexionar sobre los diferentes caminos que tuvieron los principales héroes de esta guerra, Manuel Bulnes, Juan Colipí y Candelaria Pérez.

La sexta parte se refiere al retorno del mito: “Yungay en el imaginario nacionalista de la Guerra del Pacífico”. Aquí queda en evidencia cómo los periódicos jugaron un rol fundamental en la socialización de “una lógica discursiva inspiradora”, que se inspiraba en la guerra contra la Confederación. Las diferencias entre un conflicto y otro fueron soslayadas por la retórica nacionalista en un proceso de distorsión del recuerdo colectivo. Lo más interesante de esta reapropiación, dice el autor, se dio no solo a través del discurso, sino que también desde una perspectiva ritual.

El último capítulo, séptimo, resulta ser uno de lo más interesantes, puesto que echa por la borda el mito del *roto* como protagonista de Yungay. Se trata de un análisis crítico de su figura y su vinculación con el proceso de construcción identitaria chilena. Se examinan sus representaciones y se distingue su trayectoria en el imaginario nacional. Se derriba la idea de que “el *roto*, en tanto héroe colectivo de la nación tuvo su origen en los campos de batalla de Yungay” (220).

De esta forma, la muy bien acabada obra de Cid nos obliga a desconfiar de algunos presupuestos que se han ido instalando en nuestra historia y, de paso, cambiar muchos manuales de historia en los que se sigue destacando al *roto* como héroe de Yungay.

Queda pendiente para futuros trabajos seguir estudiando los vaivenes de la pervivencia de esta guerra en el tiempo, especialmente considerando la importancia que le asignó a este conflicto el presidente Pedro Aguirre Cerda y la Falange Nacional para su centenario en 1939.

GONZALO SERRANO DEL POZO  
Universidad Andrés Bello